



ISBN: 978-607-02-6865-6

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Alfonso Caso Andrade (2014)
“Alfonso Caso Andrade, discurso de toma de posesión”
en *Discursos de toma de posesión de los rectores de la
Universidad Nacional Autónoma de México, 1910-2011*,
José Roberto Gallegos Téllez Rojo (ed.),
IISUE-UNAM, México, pp. 171-177.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)



El presidente Manuel Ávila Camacho optó por mediar en el conflicto: pidió a los dos rectores que renunciaran y que llamaran a una junta de notables (compuesta por los ex rectores), para que nombrara a un rector interino que, a su vez, formara una nueva ley.

ALFONSO CASO ANDRADE

(1896-1970)

periodo: 15 de agosto de 1944 a 24 de marzo de 1945

tomó posesión a los 48 años



Alfonso Caso, al centro, flanqueado por Fernando Ocaranza y Gustavo Baz

Designado por unanimidad de votos de la Junta de ex Rectores, en quien delegó la Universidad la reorganización de la misma, después del último y lamentable conflicto universitario, acepté la difícil tarea, porque juzgué que era un deber de mi parte que no podría rehusar por mi carácter de universitario y de mexicano.

Considero que en estos momentos en que nuestro país está en

guerra, cada uno de nosotros está obligado, por verdadero patriotismo, a desempeñar aquellas funciones para las que se le considera útil y en las que pueda poner sus conocimientos y su trabajo al servicio de la cultura del país y de la defensa de los ideales de México.

No llego a la Universidad por haber recibido el apoyo de algún partido universitario o extra universitario. Llego sin odios ni rencores, sin compromisos ni parcialidades. No puedo entregarle a ella ni habilidad política, que no tengo, ni dotes especiales de organización. Puedo entregarle únicamente mi amor por la institución, mi fe en su futuro destino y mi dedicación para resolver con la mente y el corazón, los problemas de nuestra *alma mater*.

Al dirigirme a ustedes, profesores y estudiantes universitarios, quiero suplicarles que no tomen mis palabras como un discurso más destinado a provocar un entusiasmo pasajero o una acción inmediata e intrascendente. Quiero que me ayuden a meditar y más tarde a cumplir las ideas y los actos que son necesarios para la reorganización, y la salvación de nuestra casa de estudios.

Los dos principios fundamentales sobre los que descansa nuestra organización, la autonomía plena y la plena libertad de cátedra, necesitan cuajar en realidades objetivas, son la base misma de la vida universitaria, pero estarían en peligro si cada uno de nosotros no pusiera todo su entusiasmo, toda su fe, todo su trabajo, para obtener que estos principios generosos se realicen constantemente y sin mengua. Generalmente se piensa[,] y el simple pensamiento ya le da a nuestra universidad un carácter político[,] que la responsabilidad y orientación de la institución descansan absolutamente en la persona del rector; que la Universidad es lo que su rector quiere que sea y que es el rector, en suma, el responsable único, el único orientador de la vida universitaria. Nada más falso. Una institución cualquiera que sea, depende fundamentalmente de sus componentes y sólo en último término, de su gobierno. Una institución es en sí misma, lo que son los hombres que la forman y su gobierno no podría ser sino un reflejo de aquellas virtudes o de aquellos defectos que radican en los individuos que la integran. La Universidad no es el rector, ni el Consejo, ni los directores, ni siquiera las Academias de Profesores y Alumnos; la Universidad Autónoma está integrada por sus estu-

diantes y sus maestros, y será en la vida de México, lo que sean sus estudiantes y sus maestros.

Si cada uno de ustedes, universitarios, se propone franca y decididamente crear una Universidad que merezca este nombre, que sea un centro de cultura y de trabajo, ¿cómo podrían las autoridades universitarias oponerse a esta decisión?

Sé muy bien que el problema de la Universidad es complejo; que sus causas son múltiples; que la institución ha crecido enormemente y no tiene recursos suficientes; que ha vivido en una miseria que a veces la conduce a la exasperación.

Sé muy bien que los fondos que la Universidad recauda no bastan para la preparación de los estudiantes, ni para el pago de honorarios decentes a los profesores; que la investigación científica en nuestras cátedras y en nuestros institutos se realiza en condiciones de modestia tales que están muy cercanas a la miseria.

Nuestros edificios escolares son extraordinariamente deficientes; muchos de ellos ni siquiera fueron construidos para escuelas; otros tiene una población que se ha decuplicado; no hay espacio suficiente para las cátedras, para los laboratorios, para las bibliotecas; ni siquiera hay lugares donde descansar después de haber estudiado o recibido una cátedra; por eso la creación de la Ciudad Universitaria es una imperiosa necesidad, tan imperiosa que se ha vuelto uno de los requisitos esenciales para la posible vida de la Universidad. Indudablemente una de las causas fundamentales del problema universitario estriba en su aspecto económico y material, pero no es esto lo único. Una organización inadecuada, para una institución científica, copiada de la organización política del Estado, ha llevado también a la Universidad a dar mayor importancia a los aspectos políticos que a los aspectos técnicos; ha colocado el fin inmediato de obtener el éxito en una elección por encima de los valores fundamentales de la Universidad, ha puesto a los profesores y a los estudiantes en estado de lucha constante para lograr el triunfo de un director, de un presidente de Sociedad de Alumnos, de un delegado al Consejo Universitario, sin pensar que el triunfo de los contrarios sería mucho menos grave para la casa de estudios que el desorden, la animadversión y la imposibilidad de trabajo colectivo.

Pero hay también causas externas que han influido en la desorganización de la Universidad. El mundo moderno se debate en la lucha de ideologías contrarias y de intereses opuestos y la composición de la Universidad, en sus estudiantes y en sus profesores estas luchas ideológicas también han tenido repercusión. ¿Cómo podría evitarlo? Sería pueril que yo pidiera a ustedes que cambiaran sus convicciones; sería inútil también que solicitara de ustedes las abandonaran por el simple hecho de cruzar los umbrales de nuestros edificios universitarios. No creo que haya un hombre sin convicciones; es más, creo que no debe haber un hombre sin convicciones; pero la Universidad no es el sitio adecuado para llevar a ella la lucha de los partidos. La Universidad es, y debe ser, exclusivamente, una institución técnica, una institución que procure servir a México preparando adecuadamente a aquellos hombres que México necesita con más urgencia: al profesionista y al investigador científico. México tiene hambre de técnicos; está esperando de los hombres bien preparados una transformación adecuada, científica. Nuestra población vive en condiciones de miseria y de abandono que son ya seculares, y somos nosotros los universitarios, los técnicos, los obligados a transformar esas condiciones de vida para lograr una explotación más racional de nuestros recursos, una mayor riqueza individual y colectiva, mayor higiene, mayor cultura.

Un país que no inventa, que no descubre, dentro de la organización moderna del mundo, en que la riqueza pertenece a los países industriales, tiene que ser forzosamente dependiente de los países que inventan y que por inventores son los que dirigen y construyen la industria del mundo; y nosotros necesitamos crear en la Universidad investigadores científicos, técnicos, profesionistas que transformen esas condiciones de nuestra población, que exploten nuestro territorio, que sirvan, en fin, para el engrandecimiento de la República.

Por eso nuestra misión es muy alta; por eso el universitario mexicano servirá a la comunidad en función de los conocimientos que adquiera. Cuando lo hayamos preparado, cuando hayamos hecho de él un técnico con conocimientos no sólo teóricos sino prácticos con el dominio de su ciencia y de las disciplinas que de ella derivan, creo que habremos hecho un gran servicio al país, porque

le habremos entregado un hombre que será capaz de elevar el nivel moral, vital y económico de la población y eso creo que debe ser, fundamentalmente, nuestro propósito y en ese propósito tienen que estar de acuerdo los partidarios de todas las tendencias; los de todas las ideologías y en ese punto todos los partidos se pueden dar la mano en eficiente preparación del universitario mexicano, en convertirlo en un hombre capacitado y útil a la sociedad y a la patria.

Por eso, sin pedir a ustedes que abandonen sus convicciones, porque tal demanda sería inútil, les pido que trabajen unos al lado de los otros para realizar el ideal del verdadero universitario. Malo sería que colocáramos por encima de los intereses de la Universidad y de la patria, los intereses del partido; malo sería que la Universidad fuera una trinchera para luchar, en vez de ser un laboratorio para descubrir y trabajar, la Universidad estaría irremisiblemente perdida como tal, el día en que aceptara cambiar su imparcialidad ideológica y se convirtiera en una oficina de propaganda, aun cuando fuera del más noble ideal, siempre que éste no tuviera un carácter puro y exclusivamente universitario.

Analizadas así, muy brevemente, las razones de la intranquilidad universitaria, que ha estado a punto de acabar muchas veces con la vida misma de la Universidad, sólo me resta pedir a los estudiantes y a los profesores universitarios una leal cooperación, que mediten, no en la turbulencia de la asamblea, sino en el fondo de su conciencia, sobre su responsabilidad histórica y su participación en la vida universitaria; les pido que se pregunten a sí mismos: “¿Estoy actuando como un universitario? ¿Los intereses que me mueven son los de la cultura? ¿Lo que me propongo realizar es para el bien y el engrandecimiento de mi casa de estudios?”. Si ustedes constante y sinceramente se hacen esta pregunta, estoy seguro que sentirán la responsabilidad en sus acciones y sentirán que, como decía al principio, la Universidad no es el rector, no son las autoridades universitarias, son los estudiantes y los profesores, todos en conjunto y cada uno de ellos en particular.

En estos momentos en que en el mundo desaparecen a diario, cegadas por la muerte, miles de vidas jóvenes que podrían rendir más tarde sus frutos magníficos a la humanidad; cuando México no ha

tenido que hacer todavía el doloroso sacrificio de enviar a su juventud a la muerte; cuando no tenemos que llorar aún la desaparición de nuestros seres más queridos, ni ver nuestras ciudades arrasadas por las bombas y los incendios, lo que podría exigir de todos nosotros, es el sacrificio de nuestros pequeños intereses, de nuestras pequeñas discrepancias en aras de un trabajo fecundo, de una preparación individual y colectiva que será la única capaz de ayudar a nuestro país, durante la guerra y en los angustiosos momentos que vendrán después, para salvaguardar nuestra independencia política y económica. Somos libres, porque somos autónomos, nunca debemos dejar de serlo, pero autonomía quiere decir no sólo derecho, sino deber, tenemos que demostrar ante la opinión pública del país que nosotros los universitarios somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos, que somos capaces de construir una institución noble y fecunda que sea la Universidad.

He venido a la Rectoría animado por una gran fe en los destinos de la Universidad, deseando transformarla en una institución de cultura; pero nada podré hacer si cada uno de ustedes no tiene el mismo propósito. No esperen ustedes de mí nunca, en ninguna ocasión, una lucha política, el apoyo a un partido político, la sugerencia de nombramientos inspirados en la amistad o en la simpatía personal; para realizar tal cosa no habría aceptado ser rector de la Universidad Nacional. No esperen ustedes tampoco de mí que acepte una responsabilidad que no es únicamente mía, sino de ustedes, que tratando de conservar una situación de gobierno en la Universidad, sea capaz de transigir con vicios y corruptelas.

Deseo trabajar con todos porque éste es mi deber y porque no veo en qué forma mis intereses de universitario podrían estar en contra de los intereses de los profesores o de los estudiantes.

Deseo recibir de todos sus consejos, sus opiniones, sus puntos de vista, porque nadie menos que yo, cree tener en sus manos una verdad eterna e inmutable. Deseo que ustedes me consideren en la Universidad como lo que realmente soy: un colaborador de todos los universitarios y que ustedes me exijan justicia y rectitud en el manejo de la Universidad, como yo pediré a ustedes su apoyo y su confianza porque sólo de este modo, trabajando unidos y con la mirada levan-

tada, pasando por encima de las pequeñeces que han infectado hasta ahora la vida universitaria, podremos lograr crear una Universidad que sea un verdadero foco de cultura y de la cual puedan estar orgullosos todos los habitantes de este país.

México necesita tener una Universidad de primer orden por su ciencia y su prestigio. Universitarios: profesores y estudiantes, ayúdenme ustedes en esta tarea que redundará en beneficio de la patria.

México, D. F., a 15 de agosto de 1944

Fuente: Archivo Histórico del Consejo Universitario, caja 1944 I/I, exp. 9 bis, fs. 3-11.



Esta versión es la transcripción de una mecanuscrito con correcciones del propio Caso. Opté por ésta porque es la más cercana a lo que se pronunció el 15 de agosto de 1944. Una versión con correcciones no significativas en cuanto al contenido, pero sí en términos de los matices, puede verse en *Mensaje a los universitarios leído por el doctor Alfonso Caso rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, la noche del 16 de agosto de 1944 ante el micrófono de Radio Universidad*, Imprenta Universitaria, 1944, en Discursos de los rectores, AHUNAM, fondo Universidad Nacional, Rectoría, segunda remesa, serie 1/322, caja 210, exp. 1977. Además existe una versión en *Homenaje a Alfonso Caso. Obras escogidas*, México, Patronato para el Fomento de Actividades Culturales y de Asistencia Social a las Comunidades Indígenas, 1996, pp. 281-286.